El “Yo” Desertor

Desde el locus de la lealtad familiar

La denuncia de una conducta:

Que pocos entienden,
otros, la miran de reojo,
unos tantos, la cuestionan con superficialidad cognitiva
y los rezagados, se identifican sin saber qué hacer, ni cómo llamarla.

Esto es memoria psicológica cromosomática o transgeneracional

D e r e c h o d e A u t o r

Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida de manera alguna sin autorización escrita de su autor, excepto en caso de breves citas incorporadas en críticas o reseñas. El uso inapropiado de sus ejemplares es un delito, que acarrea reparación de daños y perjuicios a favor del autor o sus herederos.

Diseño exterior de portada del autor.
Primera edición autónomo, Galicia, España.
Publicado en julio de 2026.
ISBN 9798187921096
egosytemperamentos@gmail.com

Dedicado

A mi amiga Raquel Paz y al "yo" niño que llevo dentro

MONÓLOGO TRANSGENERACIONAL CON MI INCONSCIENTE

— **Yo**: Mi padre me bautizó con su nombre, un nombre que mi madre no quería; ahí comenzó la primera usurpación. Fui el campo de batalla de un matrimonio que ya estaba muerto antes de que yo naciera. Mis padres jamás se amaron. Obtuve titulaciones idénticas a las de mi padre y hasta de mi madre, en las que el dinero ha sido todo un viacrucis para obtenerlo, como una especie de incesto profesional[1].

[1], Incesto profesional en el ámbito transgeneracional hace referencia a una dinámica vincular en la que un descendiente asume, a menudo de forma inconsciente, la repetición del ejercicio, la especialidad o la carga de fracaso/éxito de la labor profesional de un antepasado. Esta configuración se interpreta como una lealtad invisible que impide la individuación del sujeto, convirtiendo el espacio laboral en un escenario donde se intenta reparar o perpetuar el legado profesional del linaje, como, por ejemplo en las dinastías, en lugar de desarrollar una trayectoria autónoma basada en el deseo propio.

Nací en el mes contiguo al de mi padre, muy posiblemente bajo el síndrome aniversario[2]. Padezco el mismo drama estomacal y psoriasis que mi padre. He vivido como una réplica, un doble al que le han asignado el mismo guion, los mismos síntomas y los mismos fracasos. Jamás me estorbó ese plan transgeneracional hasta que fui consciente.

— **Inconsciente**: Es evidente que estás atrapado en una crisis transgeneracional.

[2] El Síndrome Aniversario es un concepto descriptivo propio de la psicogenealogía y la terapia transgeneracional. Designa la recurrencia de eventos vitales, síntomas o cambios comportamentales en fechas que guardan una correspondencia simbólica con la historia familiar, entendiendo estos episodios no como patologías, sino como manifestaciones de la memoria inconsciente que busca integrar o finalizar procesos de duelo no resueltos en el sistema familiar.

— **Yo**: La psicogenealogía arrastra impulsos y puede favorecer el cierre de alternativas que nos empujen al desastre como víctima psicogenealógica, como, por ejemplo, la ruina, con su posterior suicidio a falta de francas alternativas, mediante un suicidio racional, aun sin estadio de depresión clínica. ¿La psicogenealogía puede arrastrarte al suicidio?

— **Inconsciente**: La respuesta es sí; la psicogenealogía puede operar como un mecanismo de condicionamiento determinante que anula tu potencia de actuar como el verdadero autor de tu propia vida, sustituyendo tu destino personal por el «destino familiar» en una profecía a cumplirse.

Esta trama transgeneracional que padeces no concreta el teorema del positivismo de Bárbara Fredrickson Lee, porque tu existencia —o, por lo menos, lo que percibes de ella— no consigue satisfacer la estadística proporcional de recompensa satisfactoria. No consigues hallar experiencias personales que sostengan tu resiliencia y tu enfrentamiento ante la adversidad. Por eso es que percibes la ausencia de alternativas viables para tu desarrollo autónomo como una especie de resolución autodestructiva. Expones una disonancia crítica entre tu alta capacidad analítica y una realidad fenoménica que, de manera constante, invalida tus esfuerzos, creando un bucle de refuerzo negativo.

— **Yo**: Estoy agotado de estas ganas de «suicidio racional», de esta forma de desaparecer físicamente, no por depresión clínica, sino por frustración constante. He llegado a pensar que, si algún día me devolviese a las tierras de mis ancestros, sería mi última estadía. Esto me recuerda las verdades de Elisabeth Horowitz en su libro Liberarse del tiempo genealógico, donde la tendencia genealógica del clan actúa como una especie de software para instalarte un destino instrumental, en el que el tuyo no participa, sino el de la familia, a costa de tu voluntad. Este programa se vive como un sentimiento interno de que algo superior a ti se impone por encima de tus deseos, que te desmorona durante años y no permite traicionar el destino familiar; no logras entenderlo con claridad, pero adviertes que estás viviendo una vida equivocada.

Como universitario y escritor me asfixia esta carga, me exige, no me da descanso. ¿Qué quieren de mí? ¿Qué más quieren ellos? Jung lo dejó claro: «Hasta que no hagas consciente lo inconsciente, este dirigirá tu vida y tú lo llamarás destino»; y Lévi-Strauss, en 1977, fue tajante al decir: «No tengo la sensación de ser yo quien escribe mis libros, sino de que éstos son escritos a través de mí, y una vez que me traspasan, me siento vacío y no queda nada». Si esos dos grandes referentes afirmaban la robustez de la fuerza transgeneracional, ¿quién soy yo para ignorar mis pasajes psicogenealógicos?

— **Inconsciente**: Estás usando tu autoridad para validar lo que ya sabes, pero incluso ahí hay una trampa.

Tus citas emergen como angustias «ilustradas» para darle un marco académico a la realidad de un proceso de posesión genética que llega a ti desde tu memoria psicológica, depositada en el banco de tus cromosomas parentales. Esos hombres también fueron canales, al igual que tú. Lévi-Strauss sentía ese vacío —el saber, la academia— y lo utilizaba como un vehículo. Tú has sido un vehículo de tu destino familiar. Te toca determinar si las similitudes de tus andanzas provienen de uno de tus padres, de ambos, o de algún otro pariente, para comparar y saber a qué historia repetida te enfrentas y corregirla. Seguro ya presumes quién o quiénes. Estás buscando una salida a un problema que no se resuelve con lógica cognitiva-conductual.

— **Yo**: He entrado al campo del conductismo para hallar estas respuestas y por eso he podido llegar hasta aquí. Es una disertación que difícilmente podría hacer el 95 % de los psicólogos, y menos los psiquiatras, que no le dan importancia a este tema tan clínico, con la severidad comparativa de la otrora psicóloga clínica francesa Anne Ancelin Schützenberger, al menos hasta que se topan con este sentimiento interno de estar viviendo la vida de otro. Prefiero la muerte simbólica del clan antes que seguir alimentando una vida que no es mía. Siento que todo se cierra, no aparecen alternativas; por el contrario, todo se clausura.

He puesto mis últimas fuerzas en otro país y casi nada surge. Mudé quizás el incesto geográfico[3]. No quiero suicidarme porque, como dije, no estoy deprimido ni tengo una patología psicótica, pero no quiero vivir así. La experta Lee, que te enuncié anteriormente, afirmaba sabiamente que, para que la vida sea viable, una persona debe sentir que, de tres experiencias vividas, dos de ellas deben ser buenas. Siento, a lo largo de mi vida, que esta suma en mí es insatisfecha. La mayoría de mis experiencias las he sentido fatales por décadas.

[3] El incesto geográfico se refiere, en la teoría transgeneracional, a la fijación inconsciente de un descendiente con el territorio o lugar de origen de sus ancestros. Este fenómeno se manifiesta como una imposibilidad simbólica de distanciarse físicamente de los escenarios donde ocurrieron traumas o eventos significativos del sistema familiar, operando como una forma de «anclaje espacial» que compromete la autonomía del sujeto al mantenerlo confinado, geográfica y vitalmente, a los márgenes de una historia heredada que reclama su presencia.

— **Inconsciente**: El suicidio racional es una medida peligrosa porque, aunque suena a salida, el clan registra esa lectura como la consecuencia efectiva de sacarte del juego, porque tu misión de disolución del drama familiar ha concluido y el mandato es fenecer. Esto te empuja al cansancio emocional, cerrando alternativas y salidas para la consumación efectiva de tu determinación personal como destino forjado, no impuesto. Es por eso que debes finiquitar ese contrato oculto transgeneracional, ese pacto invisible con tu clan familiar, pero para ello debes determinar de qué rama parental proviene e identificar al ancestro guía, que no es otro que el pariente con quien repites similitudes amorosas, profesionales, gustos, tendencias y hasta roles y estatus.

Un suicidio racional te convierte en irrelevante para el clan, pero mientras vives, su relevancia la compartes incluso con patologías médicas y somáticas. La postura de «dos de cada tres experiencias positivas» confirma que tu arquitectura de procesamiento de realidad está operando en un entorno de estrés crónico por privación de resultados, lo cual altera la neurobiología de la toma de decisiones, cerrando, efectivamente, cualquier rastro de plasticidad ante nuevas oportunidades. Al identificar la geografía de tus ancestros como el escenario de tu «última estadía», estás verbalizando la consumación de una cripta transgeneracional: un espacio donde la deuda simbólica del clan reclama el cierre del ciclo. No siempre volver allí es beneficioso; a veces, incluso, resulta fatal.

— **Yo**: Mi voluntad es la de salir adelante, pero puntuales carencias me han perseguido desde mi nacimiento. Nací sietemesino, en un hospital pobre, en una ciudad en la que quiso mi padre que naciera, aun cuando no vivía en ella. Me bautizó con un nombre que mi madre no quería, ejerciendo carreras idénticas a las de mis padres, con los cuales jamás he podido vivir financieramente holgado, más bien en carencia. Es evidente el incesto profesional.

— **Inconsciente**: La acumulación de datos que traes no deja lugar a dudas sobre la existencia de varios síndromes, como el aniversario y el incesto profesional, además de una identificación proyectiva masiva con la figura paterna.

Lo que describes como una anulación del self por mandato transgeneracional —la repetición de hitos biológicos psicosomáticos como el drama estomacal y la psoriasis; el incesto profesional al coincidir con la misma carrera universitaria que tus padres; y, particularmente con tu padre, el síndrome aniversario por la cercanía de las fechas de nacimiento— funciona como una estructura de «doble vínculo» permanente. Esto se traduce en una arquitectura programada para la supervivencia del modelo parental, del colectivo familiar, no del individuo; es decir, no la tuya. Tu programa familiar es para ser una réplica, y cualquier intento de «salir adelante» —bajo la premisa de tus propios términos— es detectado por tu sistema familiar como una traición al clan, disparando una respuesta de inhibición de acción que se traduce en bloqueo, falta de alternativas y ruina económica.

Tu intelecto está atrapado en un laberinto diseñado por la sangre que llevas en tus venas; para ser más específico, la que llevas en los cromosomas, justo allí, en tu memoria psicológica cromosomática. Estás intentando resolver un problema bioquímico utilizando en tu exterior conductual —representado con la intelectualidad, el derecho y la investigación documental y literaria— aquellas herramientas que fueron precisamente las que el clan utilizó para atraparte. Posiblemente te preguntarás, ¿quién puede resistir décadas así? La respuesta es que tu sistema ha resistido a costa de tu estabilidad emocional, manteniéndote en un estado de alerta que ha consumido tu reserva motivacional. La «cesación» o «suicidio racional» que percibes no es falta de voluntad; es el resultado del agotamiento biológico de un organismo que ha intentado, por años, vivir una vida que no es propia.

Para que la «voluntad de salir adelante» pase de ser un concepto abstracto a una realidad fenoménica, tu análisis sugiere que no necesitas más estudios ni más resistencia, sino una ruptura radical con la narrativa del clan, una ruptura con ese software cromosomático. Si el destino es la repetición, la única salida es el desmantelamiento consciente para con esa lealtad inconsciente. ¿Cuál es el primer elemento de esa estructura que necesitas identificar para comenzar a fracturar el mandato?

— **Yo**: Antes de responderte debo decirte que ya me he sometido anteriormente a una autopsicoterapia simbólica, donde hube de reconstruir una cena familiar con una mesa servida, con platos con comida y copas llenas, reservando un puesto para cada invitado del clan materno y paterno, con los muertos de cada lado; e incluso invité a mi querida suegra.

Les abrí la puerta, les hice una invitación formal y les di la bienvenida a cada uno, conduciéndolos hasta su lugar en la mesa. Mientras comíamos y bebíamos, los «honré» uno a uno, exaltando sus virtudes, pero, al mismo tiempo, les expliqué que daba por cerrado el ciclo y les devolvía sus dramas, porque solo a ellos les pertenecía, dando por liberada mi voluntad y mi individualidad psíquica. Pasados los años desde esa psicoterapia simbólica y sistémica, en tiempos en los que construí una posada que lleva el nombre y la temática de la familia materna —propia del pueblo de mi madre y sus abuelos (negros afroamericanos de origen esclavista)—, me tocó cerrarla por enfrentar otra crisis económica personal junto a una crisis nacional, que me costaría venderla durante años.

Por lo que, nuevamente, hice otro «acto simbólico» en el que me despedí de cada miembro familiar en una reunión simulada, donde «honré» y les dije que mi ciclo había cerrado y debía seguir con mi vida. Significa, entonces, que mi posesión psicogenealógica es por los dos linajes del clan, paterno y materno. La propiedad se ubicaba en la misma costa y era aledaña al pueblo de mi familia negra materna; hube de permutarla con un seudopariente que creció junto a mi madre. Lo que se comportó como una extensión de un síndrome genealógico. Aún más curioso es que mis relaciones personales fueron en picada: una mujer veinte años más joven con la que me enamoré, con los mismos episodios de infancia que los míos, criada por su abuela, sin padre y con rechazo parental materno, me abandonó y me traicionó. Es clara la identidad y coincidencia de lealtades familiares.

— **Inconsciente**: La densidad de los eventos que describes —la materialización de la tragedia en el entorno comercial, el fracaso de la gestión inmobiliaria y la recurrencia del trauma en la pareja— supera con creces la probabilidad estadística. Estamos ante una «Doble Conjunción Transgeneracional»: la convergencia de una lealtad materna (la esclavitud/el arraigo a la costa) y una paterna (el incesto profesional/intelectual), que han actuado como una tenaza de imposición sobre tu autodeterminación. Cuidado, no confundas el doble vínculo o el doble constreñimiento de Gregory Bateson y la Escuela de Palo Alto con la «Doble Conjunción Transgeneracional».

Identificar tus dobles te permite responder muchas de las interrogantes sobre lo que te ocurre: por qué repites ciertas historias, por qué te atraen determinados vínculos o incluso por qué enfrentas determinados síntomas de salud (estómago/psoriasis) como marcas de propiedad del clan. Es crucial aquí una evaluación previa con un profesional de la salud mental; no me refiero a manejadores de terapias energéticas o alternativas (como Reiki, cristaloterapia, flores de Bach, aromaterapia, terapia de sonido, reflexología, polaridad, radiestesia, sanación pránica, toque terapéutico, acupresión o biomagnetismo). Me refiero a un psicólogo o un psiquiatra con experiencia, actualizado y sin prejuicios académicos.

Todo esto para descartar que la expresión que pudiera diagnosticarse como un episodio psicogenealógico no se trate, más bien, de una conducta neurótica o hasta psicótica con raíces en una patología psiquiátrica o comportamental. A fin de cuentas, mientras tu cuerpo somatice, los síntomas pueden confundirse. Pues bien, prosiguiendo: lo que realizaste como autopsicoterapia simbólica y el ritual de despedida son actos de desidentificación. Sin embargo, tu sistema sigue operando en «modo de repetición» porque, al cerrar el ciclo con la propiedad y el clan, has dejado un vacío de identidad parental. ¿Cómo es esto? Cuando se fractura el mandato del clan sin haber construido un nuevo eje existencial, el individuo queda en un estado de «limbo psíquico» donde el inconsciente, buscando seguridad (aunque sea en el sufrimiento), intenta reconstruir los dramas de la familia que siguen presentes.

Tu intelecto te permite ver la injusticia de tu propia vida, pero el hecho de que todo siga colapsando sugiere que la reparación simbólica no ha sido suficiente para el clan. Aquí la clave: honrar es, a menudo, una forma de mantener el vínculo, y allí estuvo tu error. No se trata de desafiar el o los mandatos generacionales que corren por tus venas, pero honrarlos nutre el plano psíquico y conductual. Inconscientemente, estás asumiendo erróneamente que tener éxito (dinero, estabilidad, pareja) deshonra la miseria del padre y el estancamiento de la madre. La traición de la pareja es una externalización de tu propia auto traición; seguro viste las señales, pero decidiste obviarlas para no traicionar el destino de ellos. Una madre que posiblemente no estuvo preparada para ser madre, con poca edad, y un padre que no le amaba y no correspondía.

Es decir, que la ruptura simbólica no fue contundente en tu cerebro como para hacerle ver que estabas divorciado de las obligaciones de diluir los dramas del clan. ¿Por qué? Porque honraste al clan. Estás en un punto donde la cesación o tus ideas de suicidio racional se presentan como la única lógica para salir de este círculo vicioso genealógico entrampado. La pregunta que surge de tu perfilamiento es: ¿Estás dispuesto a «matar» al intelectual, al universitario y al hijo de tu padre y de tu madre que habita en ti? El suicidio racional no es la respuesta, es decir, la muerte física, sino la muerte simbólica; el instrumento idóneo para recuperarte del secuestro parental, para que surja un sujeto desprovisto de toda deuda transgeneracional, tanto con el tronco guanche y su impronta palmera como con el linaje negroide.

Si la respuesta es un sí, debes pasar a la negación del contrato: ¿Qué parte de tu identidad actual es la que más te duele «perder» porque sabes que, inconscientemente, es la que te ata al pasado?

— **Yo**: Sí. ¿Qué debo hacer?

— **Inconsciente**: Suspender los roles que vienes ejecutando. Si el «intelectual» y el «escritor» son roles que el clan te impuso para continuar su legado, el primer paso para tu autonomía es la interrupción deliberada de la coherencia con esos roles. ¿Qué actividad, qué pensamiento o qué ocupación detestaría tu padre o la estructura de tu clan? Ahí, en esa «aberración» para ellos, reside tu primer átomo de libertad. Luego, invalidar la somatización: la psoriasis y el drama estomacal son los registros físicos de la lealtad.

Cada vez que aparezca el síntoma con su incomodidad, debe ser nombrado explícitamente como: «Esta es una señal de posesión ajena». Al etiquetar el síntoma como un «agente externo» y no como algo «propio», usted empieza a desidentificarse biológicamente del legado. Finalmente, vaciarte como territorio: mencionaste la cita de Lévi-Strauss sobre el vacío. Le temes al vacío del misticismo y de ahí tu actitud de racionalizarlo todo, por temor a perder contexto de relevancia profesional. Lógicamente, al vaciarse del clan, no quedará nada. Esa es la mentira que el clan sembró en ti. El vacío es el único espacio donde el «yo» autónomo puede empezar a construir sin la interferencia del mandato. Relaja tu postura académica, empieza por dejar la rigidez y vive al día como un bohemio, sin mayores expectativas por el éxito académico y la grandeza literaria.

Vacíate de la necesidad de reconocimiento. Esta ruptura es donde el «destino» deja de ser una profecía del clan y comienza a ser un diseño propio.

— **Yo**: Lo que más me duele es que, cuando finalmente intenté tomar las riendas, el destino se encargó de recordarme quién es el dueño. Mi posesión psicogenealógica se divide en dos líneas claras: la paterna, el letrado, el intelectual; y la materna, la del pueblo negroide con esa historia de esclavitud y arraigo que me arrastra. Cuando tuve aquella posada que llevaba la temática del pueblo materno, el sistema se encargó de quebrarme comercialmente. Fue una caída lenta, agónica, incluso para venderla. Parecía que la propiedad estaba maldita, o, mejor dicho, poseída.

Pareciera que, como salida posible, el clan hubiera aprobado una transferencia entre los suyos —la permuta a una persona familiar, no una venta a un extraño—, y hasta el día de hoy sigue bajo la misma línea y temática comercial.

— **Inconsciente**: Esa posada era tu última ancla física. Representaba el pueblo de tu familia materna; no era solo un lugar geográfico, era tu estado mental de privación. Si aquí no hay una lealtad psicogenealógica, ¿qué más necesitas ver?

— **Yo**: He analizado mi tragedia genealógica como si fuera un expediente judicial, buscando una sentencia que me exculpara.

— **Inconsciente**: Mañana, cuando te despiertes, no intentes ser el escritor que analiza su dolor. Intenta ser el hombre que simplemente se levanta, desayuna y decide qué hacer con su día basándose en lo que tú quieres, no en lo que un «intelectual» debería querer. La deserción se hace en los detalles minúsculos: en lo que comes, en cómo caminas, en lo que te callas. Cuando empiecen a aparecer voces que susurren al oído que estás perdiendo el tiempo, que eres un fracasado, que deberías estar produciendo algo «digno», cuando escuches eso, sabrás que estás en el camino correcto. Es la resolución de tu contrato genealógico.

Reflexión:

Es casi imperceptible la línea del ejercicio autónomo de nuestra voluntad. Sí es verdad que hay una única voluntad frente al designio práctico de la ley reglada e institucional, pero no así ante la fuerza neurobiológica. Nuestra voluntad la descodifica la psicología de evidencias. Es un mandato de la lógica racional, alimentada de su biología genética, del locus de los pinceles del ADN, desde donde son y existen nuestros propósitos, sustancia de nuestra psicología transgeneracional: constructora de nuestros mandatos, tendencias e impulsos.

De cualquier manera, somos expresión de algún síndrome psicogenealógico, unas veces menos o más pronunciado que otras. No vinimos a perderlo todo, porque nada nos pertenece. Vinimos a darle respuesta a la existencia de un clan, no a un individuo, porque, lo aceptes o no, siempre serás parte ineludible e indivisible de un sistema parental que te otorga el nacimiento, y cuya subsistencia biopsíquica necesita de cada uno de nosotros y de la reproducción.

Obras complementarias del autor

Los ruidos del ser
La muerte y las 3 identidades
El mordisco de la memoria
¿Por qué insiste la hormiga?
Los rostros de los fantasmas (Tomo I y II)
La feria del ánimo
Entenderse
La cortesía del desprecio
El hilo rojo
Los que estorban
Víctor Hugo